

neja todos los teores de la doctrina y de la sabiduria: nra-  
 mas en la caridad, esta es el unico medio de hallar la ver-  
 dad; no conocemos á Dios sino cuando le amamos: seremos  
 de que un corazon corrompido no podrá tener una razon  
 sana y pura, que cuanto mas os acordéis á Dios por la  
 gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en  
 los caminos de sus mandamientos, mas creceréis de claridad,  
 habd en claridad; finalmente, conoceréis finalmente mas en  
 vuestro espíritu estas divinas verdades, las que venias cla-  
 ramente cuando eramos semejantes á él, como él se hace  
 hoy semejante á nosotros. Amen.



de tiempo en tiempo su verdad y su luz. De siglo en si-  
 glo parecian algunos hombres justos, enviados desde el cie-  
 lo para dar testimonio á la verdad e impedir el que los cr-  
 tores y las pasiones prescribiesen contra ella. Desde la  
 sangre de Abel hasta el bautista habia el cielo mantenido  
 en la tierra una tradicion continuada de profetas, de mar-  
 tes y de testigos de la verdad; unos habian dado testimo-  
 nio de la verdad con su sangre, como Abel; otros con su  
 religion, como Enoc; otros con su inocencia, como Noe;  
 otros con la fe, como Abraham; otros con su obediencia,

### SERMON

## DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

en todos los siglos testigos y delatores que se levantaron  
 contra el mundo y condenaron á los hombres el deho-  
 rarse la verdad, que el mundo á pesar  
 de la verdad habia podido extinguir abastis-  
 Ego in hoc natus sum, et ad hoc  
 veni in mundum, ut testimonium  
 perhibeam veritati.  
 Para esto nací y para esto vine  
 al mundo, para dar testimonio á la  
 verdad.  
 JOAN. 18. v. 37.

El carácter mas esencial del mundo y la pena mas uni-  
 versal del pecado ha sido siempre la oposicion á la verdad.  
 Desde que el hombre borró de su corazon la ley eterna,  
 que habia grabado en él la mano del Señor al tiempo de  
 su formacion, para iluminarle y guiarle, y sustituyó á es-  
 ta ley divina, nacida con él, sus pasiones y sus tinieblas,  
 se formó entre él y la verdad una oposicion invencible, la  
 que se aumentaba á proporcion que el mundo, cada dia  
 mas corrompido, se alejaba de la pureza de su origen, y  
 se multiplicaba la malicia de los hombres sobre la tierra.  
 Es verdad, católicos, que en medio de las tinieblas que  
 cubrian la faz del universo, hacia Dios resplandecer aún

de tiempo en tiempo su verdad y su luz. De siglo en siglo parecian algunos hombres justos, enviados desde el cielo para dar testimonio á la verdad é impedir el que los errores y las pasiones prescribiesen contra ella. Desde la sangre de Abel hasta el Bautista habia el cielo mantenido en la tierra una tradicion continuada de profetas, de mártires y de testigos de la verdad; unos habian dado testimonio de la verdad con su sangre, como Abel; otros con su religion, como Enoc; algunos con su inocencia, como Noé; otros con la fe, como Abraham; Isaac con su obediencia, Job con su paciencia, Moisés con sus prodigios; finalmente, para que el mundano no tuviese excusa, tuvo la verdad en todos los siglos testigos y defensores que se levantaron contra el mundo y conservaron entre los hombres el depósito de la doctrina y de la verdad, que el mundo, á pesar de sus precauciones, no habia podido extinguir absolutamente en la tierra.

Confieso que esta nube de testigos, como habla el apóstol, que de siglo en siglo habian dado testimonio á la verdad, pudo muy bien condenar al mundo por la verdad; pero no pudieron con ella libertar al mundo; necesitaba, pues, la verdad de un testimonio mayor; era preciso que aquel que es la sabiduría y la luz viniese él mismo á darnos testimonio de lo que habia visto, que confirmase su doctrina con su sangre, que su doctrina purgase á la tierra de los errores que hasta entonces la habian infestado, y que Cristo crucificado fuese hasta el fin de los siglos el gran testigo de la verdad contra la ceguedad del mundo y error de sus máximas.

Hoy, pues, nos ofrece el misterio de los dolores é ignominias del Salvador dos espectáculos muy diferentes; por una parte el mundo tan ciego y tan opuesto á la verdad,

que despues de haber despreciado en todos los siglos el testimonio de los justos y de los profetas, desprecia hoy tambien el del mismo Jesucristo; por otra Jesucristo en la cruz, hecho el gran testigo de la verdad, para confundir hasta el fin la ceguedad del mundo; esto es, la muerte de Jesucristo, es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.

¡Oh Salvador mio! hasta aquí hemos ofrecido como el mundo un corazon rebelde á la verdad de vuestra doctrina; hemos oido vuestra divina palabra en estos dias de penitencia y de salud, con la misma insensibilidad que Jerusalem os oyó antiguamente durante el tiempo de vuestro ministerio; pero hoy, Señor, que solo hablais con vuestros dolores y con vuestros oprobios, que solo os dejais entender con la voz de vuestra sangre; hoy, que puesto en ese trono de ignominia sois el gran testigo de la verdad contra el mundo, no permitais que una instruccion tan nueva y tan penetrante nos halle tambien insensibles. Venimos á poner á los piés de vuestra cruz unos corazones que á la verdad están aún llenos de pasiones y afectos injustos; pero dejad que caiga sobre nosotros una sola gota de esa sangre que hoy ofreceis por nosotros á vuestro Padre, y quedaremos purificados; favorecednos como á aquel feliz pecador que espira á vuestro lado con una mirada de misericordia, y seremos salvos; libradnos por medio de la verdad, de quien sois hoy el gran testigo, y pasaremos de la servidumbre del mundo y del pecado, á la santa libertad de hijos de Dios. Esto es lo que os pedimos postrados á los piés de vuestra cruz: ¡Oh cruz! ave.

## PRIMERA PARTE.

Nunca amó el mundo la verdad, porque ésta siempre ha condenado al mundo; los hombres quieren gozar tranquilamente de sus errores y de sus delitos, y como esta falsa tranquilidad solo puede durar mientras permanezcan en su ceguera, cualquiera luz que abra sus ojos á la verdad los ofende y sobresalta.

Por eso los justos y profetas que el Señor por su misericordia envió de siglo en siglo á la tierra para que fuesen testigos de la verdad, fueron siempre odiosos á los hombres, y condenados por un mundo cuyas máximas venian ellos á condenar. Isaías, no obstante la sangre real de que descendia, vió á todo Jerusalem que conspiraba á perderle, y queria apagar en su sangre la verdad que no muere con los justos que mueren por ella. No fué Jeremías mejor tratado de su pueblo, y las cadenas y prisiones fueron para él el premio de la verdad, cuya recompensa en la tierra es siempre las persecuciones de los malos. Elías no halló en Israel sino corazones rebeldes á la verdad, y apenas pudieron las mas inaccesibles montañas servirle de asilo contra las emboscadas de los impíos; finalmente, el mundo, opuesto siempre á la verdad, se ha levantado siempre contra los que le venian á turbar en la pacífica posesion en que estaba de sus errores y de sus máximas.

Con todo eso, es indubitable que en la condenacion y muerte de Jesucristo, da hoy el mundo la mayor y mas autorizada prueba de su oposicion á la verdad; esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia y de su reino: explicaré por menor todas estas circunstancias.

Dije primeramente una oposicion á la verdad de su doctrina, y el respeto humano es quien forma esta oposicion aun entre sus mismos discípulos; en vano los habia preparado el Salvador para el escándalo de la cruz anunciándoles muchas veces que era necesario que Cristo padeciese y entrase así en su gloria, que no debian prometerse el tener parte en su reino si no la tenian en la amargura de su cáliz, y que son bienaventurados los que padecen y son perseguidos; en vano se reducía toda su doctrina á una preparacion á la cruz y á los trabajos. Luego que el mundo se declara contra él, luego que se juntan los sacerdotes, que conspiran los doctores, que murmura el pueblo, que le desprecia todo Jerusalem, titubean, se desaniman, y ved aquí cómo el respeto humano y el temor del mundo los ciega acerca de la verdad de su doctrina.

En Judas forma un pérfido que hace traicion á su divino Maestro y que se junta con sus enemigos para perderle. Este infeliz discípulo, intimidado con la rabia de los principales de Jerusalem contra el Salvador, no se contenta con abandonarle, sino que se encamina á los príncipes de los sacerdotes y se hace el principal ministro de su celo y de su furor. ¿Qué me habeis de dar, les dice, y yo os le entregaré? ¿Pero qué puede darte el mundo, infeliz discípulo, que equivalga á lo que vas á perder y á lo que habias recibido de Cristo? ¿acaso la gloria y estimacion de los hombres? Advierte que tu nombre estaba escrito en el cielo y va á ser para siempre el oprobio y el horror de toda la tierra; el mundo autoriza el vicio, pero en la realidad solo estima á la virtud. ¿Acaso títulos y honores? Advierte que Cristo te habia hecho pastor de su rebaño, columna

<sup>1</sup> Math. 26. v. 15.

de su Iglesia, príncipe de un nuevo pueblo, y el mundo en lugar de estos augustos títulos te destina á los mas viles é infames ministerios. ¡Oh qué grandes somos cuando somos de Jesucristo! ¡y qué despreciables y entregados á lo mas vil y mas bajo, cuando somos esclavos del mundo! ¿Acaso bienes y riquezas? Advierte que Jesucristo te habia confiado los tesoros del cielo, te habia dado toda la tierra, todo ero tuyo, y el mundo solo te paga con un vil precio que te hace esperar mucho tiempo, y cuya posesion desde el primer instante te disgusta; el mundo promete mucho y no da nada; Jesucristo nos da siempre aun mas de lo que esperamos, y sus dones siempre exceden á sus promesas. ¿Qué mas puede darte el mundo? ¿deleites verdaderos y una felicidad durable? Advierte que Jesucristo te hubiera dejado la paz del corazon, que es la herencia de sus discípulos y el solo principio de los verdaderos placeres, y el mundo no te dejará mas que crueles remordimientos, una desesperacion terrible y todo el peso de tu delito. El mundo guia por los placeres á las amarguras de las pasiones; Jesucristo guia por la cruz á la paz del corazon y á los placeres sólidos y tranquilos de la inocencia. ¿Qué que-reis, pues, que os dé el mundo? Como de él nada se puede esperar, tampoco nada se debe temer.

Pero el temor de los hombres, que fué el primer principio de la perfidia de Judas, lo es tambien de la desercion de los demás discípulos; herido el pastor, se desparraman las ovejas. Habíanle seguido con valor mientras le habian visto dueño de la muerte y de la vida y atraer á sí á los grandes y al pueblo con el resplandor de sus prodigios; entonces gustaban de ser de aquel pequeño número de discípulos que él habia escogido, no se avergonzaban de ser suyos, se gloriaban de ello en la presencia de los hombres;

pero luego que fué preso, atado y despreciado, se ocultan, no le conocen, les escandaliza su flaqueza, y se desalientan con sus oprobios tantas veces anunciados; nunca faltan discípulos á la virtud aplaudida, favorecida y honrada; pero la virtud despreciada ó perseguida, no halla quien se atreva á declararse abiertamente por ella.

Aun el mismo Pedro que lejos de los peligros fiaba de su valor, falta en la prueba de una tan peligrosa tentacion. Preguntadle si es discípulo de aquel hombre: *Numquid, et tu ex discipulis es hominis istius?*<sup>1</sup> Es decir, si es del corto número de aquellos felices hombres á quienes el Padre celestial habia revelado el misterio de Jesucristo; es decir, si es de aquellos depositarios de su poder á quienes ha confiado las llaves del cielo y del infierno, el poder de caminar sobre las serpientes y de disponer á su voluntad de toda la naturaleza; es decir, si acaso es de aquellos fundadores de su Evangelio que van á plantar la fe en medio de las tinieblas de la idolatría, á conquistar todo el universo, á arruinar los altares profanos, á confundir todas las sectas, á ilustrar todas las naciones, á hacer callar toda la ciencia de los filósofos, á sujetar los Césares, llevar la salud á toda la tierra, y que por último, han de parecer en medio de los aires sobre doce tronos de luz para juzgar á las doce tribus de Israel; es decir, finalmente, si es de aquellas nuevos ministros de su sacerdocio, que han de ser los primeros pastores de su Iglesia, los pontífices de los verdaderos bienes, los Melchisedech de un nuevo pueblo, los mediadores de una nueva alianza, los reconciliadores de los hombres con Dios, á cuyos piés los reyes y príncipes de la tierra vendrán á bajar sus cabezas y á poner sus

<sup>1</sup> Joann. 18. v. 17.

cetros y sus coronas? *Numquid, et tu ex discipulis es hominis istius?* Cobarde discípulo, ¿te avergüenzas de confesar tanta grandeza, tanta gloria, tanta magnificencia? *Numquid, et tu ex discipulis es hominis istius?* ¡Qué locura avergonzarse en presencia de los hombres del título de discípulo de Jesucristo! ¿Tiene el mundo con toda su gloria alguna cosa tan grande, tan alta, tan apreciable y tan digna de la razón como la verdadera virtud?

Con todo eso, no se atreve Pedro á declararse por discípulo del Salvador; le ciega un temor cobarde; declara que no conoce á este hombre: *Non novi hominem*.<sup>1</sup> Finge ignorar hasta el nombre de su divino Maestro. ¡Cobarde discípulo! Mira que es Jesucristo quien de pescador de peces te hizo pescador de hombres, y que en recompensa de tu barca y de tus redes te constituyó cabeza y ministro principal de su Iglesia: *Non novi hominem*, no le conoce. Mira que es aquel Hijo de Dios vivo á quien confesaste con tanta generosidad y por quien habias afirmado tantas veces que estabas pronto á morir: *Non novi hominem*, no quiere conocerle. Mira que es aquel amoroso dueño que te ha honrado con su mas tierna familiaridad, que te ha admitido á sus mas secretos favores, y que te ha distinguido siempre entre los demás discípulos; finge que hasta el nombre ignora: *Non novi hominem*. Mira que es aquel Señor que te mantuvo sobre las olas, á quien obedecía el mar y los vientos, y á quien viste en el Tabor rodeado de tanta gloria é inmortalidad; no le conoce: *Non novi hominem*. Mira, finalmente, que es aquel Cristo de quien dieron testimonio todos los profetas, aquel Cordero de Dios que te habia señalado el Bautista, á quien habian figurado todos los sacri-

<sup>1</sup> Matth. 26. v. 72.

ficios, á quien habian pedido todos vuestros padres, á quien poco tiempo antes llamaban los hombres, unos Elías, otros Juan Bautista ó alguno de los profetas, y á quien tú mismo conociste por hijo y enviado de Dios, en quien solamente se hallaban palabras de vida eterna. Tampoco le conoce: *Non novi hominem*. Olvida sus beneficios, sus milagros, su doctrina. ¡Cómo ciega el respeto humano á un corazón flaco y tímido! y cuando aun tememos á los hombres, ¿qué fidelidad podemos prometer á Jesucristo?

¡Qué flaqueza, católicos! Temer á vista del mundo cuando se obedece á Dios, gloriarse de servir á los reyes de la tierra y avergonzarse de servir á quien sirven los mismos reyes, y de quienes solamente tienen el derecho de reinar. Haber tenido valor para envejecer en el servicio de un mundo miserable, para sufrir sus amarguras, sus inconstancias, sus sujeciones y sus disgustos, y no tener aliento para consagrar públicamente á Jesucristo el resto de una vida mundana, ni para cumplir á vista de los hombres la grandeza de las obligaciones que nos impone y la nobleza de sus máximas. ¡Qué flaqueza al preciarse de sacrificar al mundo, y muchas veces á unos dueños injustos é inconstantes, su reposo, su salud, su conciencia, y no atreverse á sacrificar á Jesucristo los frívolos discursos y vanas censuras del mundo! ¡Oh Dios mio! ¿ha de tener siempre el mundo secuaces declarados de sus pueriles ilusiones, y la sublime sabiduría de vuestra doctrina no ha de hallar mas que discípulos cobardes y tímidos? Flaqueza y temor en los discípulos que les ciega acerca de la verdad de la doctrina de Jesucristo.

En segundo lugar, envidia en los sacerdotes y doctores que los ciega acerca de la verdad de las Escrituras. Estas eran las que les citaba muchas veces Jesucristo, como el

testimonio menos sospechoso de la verdad de su ministerio. Leed las Escrituras, les decia con frecuencia; ellas os darán testimonio de mí.<sup>1</sup> El cetro de Judá en poder de un extranjero no les deja razon de dudar que ya han llegado los tiempos señalados, y que debe por fin parecer el que ha de ser enviado; los ciegos que ven, los cojos que andan, los pobres que evangelizan, y otras infinitas señales de su ministerio, les daban á entender bien claramente que él era de quien habian hablado Isaías y los demás profetas cuando anunciaban á Cristo; pero la envidia que los ciega vence á la verdad que los ilustra; la gran reputacion de Jesucristo y su celo contra su hipocresía, forma en ellos una ceguedad de envidia, que cierra sus ojos para que no vean nada de cuanto deben á la verdad; cuanto mas resplandece la santidad de Jesucristo, mas se empeora y enciende su injusta pasion, y todos sus pasos son como se sigue.

Primeramente *la mala fe*. ¿Qué hemos de hacer, dicen, porque este hombre hace muchos prodigios y le sigue todo el pueblo?<sup>2</sup> No pueden disimularse á sí mismos la verdad de sus milagros: *Quia hic homo multa signa facit*. Todos convienen en esto; pero esto mismo es lo que les indisponen y los ciega; conocen que su estimacion se disminuye en el pueblo segun se va estableciendo y aumentando la fama de Jesucristo. ¿Pues qué hemos de hacer? dicen: *Quid facimus?* Ciegos y conductores de ciegos, lo que debeis hacer es exclamar con el pueblo que el Señor ha visitado á Israel, y que ha sido suscitado entre vosotros un gran profeta.<sup>3</sup> Decirle con el escriba instruido en el reino de los

<sup>1</sup> Joann. 5. v. 39.

<sup>2</sup> Joann. 11. v. 47.

<sup>3</sup> Luc. 7. v. 16.

cielos: Maestro, nosotros sabemos que sois enviado de Dios,<sup>1</sup> porque nadie puede hacer las obras que vos haceis, si no está Dios con él: *Quid facimus?* Lo que habeis de hacer es decir con el ciego de nacimiento: Señor, nosotros creemos que vos sois el Hijo de Dios.<sup>2</sup> Con la mujer de Tiro: Hijo de David, tened misericordia de nosotros.<sup>3</sup> Con el justo Simeon: Ya moriremos en paz, pues han visto nuestros ojos la salud de Dios.<sup>4</sup> Con los discípulos: ¿A quién nos podremos encaminar en adelante, pues vos tenéis las palabras de vida eterna?<sup>5</sup> A lo menos, finalmente, con los demonios: Sabemos quién sois, ¡oh Santo Dios!<sup>6</sup> *Quid facimus?* ¿Qué habeis de hacer? ¡Ah! Tiro y Sidon en donde nunca se han obrado milagros, pudieran decir: ¿qué hemos de hacer? ¿quién nos manifestará la salud prometida á la tierra? Las naciones que tantos siglos antes le deseaban, podrian decir: ¿qué hemos de hacer? Hemos esperado la luz y estamos sumergidos en las tinieblas. Los reyes y profetas que tanto habian deseado el verle, pudieran exclamar: ¿qué hemos de hacer, pues tanto tarda en venir? ¿y quién nos dirá el dia de su llegada? Pero vosotros á quienes se ha manifestado la gracia de Dios nuestro Salvador; vosotros, cuyos ojos han tenido la felicidad de ver lo que tantos profetas habian anunciado, lo que habian deseado tantos justos, lo que habian esperado tantas naciones, lo que tantos siglos antes habia el cielo prometido á la tierra; vosotros, á quienes el Padre celestial manifestó su Hi-

<sup>1</sup> Joann. 3. v. 2.

<sup>2</sup> Joann. 6. v. 38.

<sup>3</sup> Matth. 15. v. 22.

<sup>4</sup> Luc. 2. v. 29. 30.

<sup>5</sup> Joann. 6. v. 68.

<sup>6</sup> Marci. 1. v. 24.